

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

AÑO 1945 - N.º 13



SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

IMPRESO EN SUS TALLERES GRÁFICOS

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚMERO 491

ARCHIVO HISPANICO

REVISTA

HISTORICA Y LINGÜISTICA

Y ARQUITECTURA

ARCHIVO HISPANICO

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Epoca
Año 1945



Tomo V
N.º 13

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL
Imprenta de la misma

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1945

SEGUNDA ÉPOCA

NÚM. 13

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Gabriel Tassara Buiza.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

	Págs.
Ernesto Schäfer.— <i>La Casa de la Contratación de las Indias, de Sevilla, durante los siglos XVI y XVII</i>	149
Luis Toro Buiza.— <i>No hay mal que por bien no venga. La fiebre amarilla de 1800 y Godoy nos libraron de un expolio</i>	163
Manuel Carrera Sanabria.— <i>Sor María de los Angeles, religiosa del convento del Espíritu Santo, de Sevilla, en el siglo Victorina Sáenz de Tejada</i>	177

MISCELANEA

José Andrés Vázquez.— <i>Murió en el dolor</i>	217
M. C. S.— <i>La diócesis de Beja (Portugal) y el Cabildo Catedral de Sevilla</i>	221
Hipólito Sancho.— <i>Un documento interesante sobre la expulsión de los judíos</i>	225
Alcalá de Guadaira.— <i>Explicación de un grabado en colores</i>	229
	233

LIBROS

M. J.— <i>El Cardenal Don Rodrigo de Castro y su Fundación en Monforte de Lemos</i> , por don Armando Cotarelo	
J. A. V.— <i>Santo Domingo de Guzmán, Apóstol Universitario</i> , por fray Desiderio Díez de Triana, O. P.	
Rafael Laffon.— <i>Tu e o teu corpo</i> , poesías por Antonio de Cértima	
M. J.— <i>Catálogos de Libreros Españoles</i> , por Antonio Rodríguez Moñino.	
Carlos Petit Caro.— <i>La Batalla de Clavijo</i> , por Juan Cantera Oribe.	
<i>Crítica de Arte</i> .— <i>La música de las fiestas de Antonio de Nebrija</i> , por Norberto Almandoz.....	247
<i>Feria-Exposición de Ganado Selecto</i> .— <i>Explicación de un grabado en colores</i>	251
Cronista Oficial de la Provincia.— <i>Cronica</i>	255



MISCELANEA



Murió en el dolor.

Fué hace trescientos años cumplidos, en las primeras horas del día 8 de septiembre de 1645, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Los vecinos de Villanueva de los Infantes que debían salir al campo, oyeron la misa prima, o del alba, en obsequio a la Virgen, y se alejaron luego por todos los caminos. Ya en las afueras, les llegó la señal de agonía lanzada al aire suave del amanecer por la campana parroquial. A todos los labios acudió desde la piedad recóndita de las almas cristianas un Padrenuestro por el alma del hombre que acababa de expirar en casa de Bartolomé Jiménez, el compasivo amigo que le trajo de la Torre de Juan Abad al conocer que estaba allí enfermo, solitario y triste... España y el mundo exterior que conocía y admiraba la obra de su genio, ignoran en estos momentos que ha fallecido en un apartado lugar de la tierra don Francisco de Quevedo y Villegas.

Cuando el mundo conozca la triste nueva, habrá almas que se tranquilicen—la de los muchos que le temieron—y almas que vibren con pena—la de aquellos que le amaron—. Luego se forjará la leyenda de una vida que acabó con una tétrica agudeza; porque así entendieron que debía ser el fin de Quevedo quienes vieron en su estilo «una perenne danza de los muertos», como muy luego nos diría don Marcelino Menéndez y Pelayo. Pedro Antonio de Tarsia nos referirá esa leyenda extraña con desenfado, sólo disculpable por la flaqueza de creer que un hombre que viviera en permanente sarcasmo, por fuerza tenía que ser sarcástico en la hora de entregarle el alma a Dios. Cuenta Tarsia que al dictar don Francisco su testamento, estableció una cláusula relativa al entierro; y, como el escribano advirtiese que el testador no señalaba dinero alguno para costear la música de acompañamiento, se lo advirtió en pura probidad profesional:

—¿No deja nada vuesa merced para los músicos?

—Los músicos, ¡que los pague quien los oiga!—respondió Quevedo.

No, no queremos creer que don Francisco cerrase su prodigiosa actividad cerebral con este chiste pueril. Vivo, en pleno vigor del ánimo, su predisposición para la zumba mordaz le haría escribir en una jácara:

*Música que no he de oílla
Que la pague quien la oiga.*

Pero, ¡a la hora de la muerte...!

Don Francisco debía morir y murió con perfecta seriedad y cabal honradez. De su númen es la frase «a los españoles sólo les dura la vida hasta que hallan honrada muerte». De la suya, quien supo la verdad fué el párroco de Villanueva de los Infantes, don Florencio Vera, que le asistió en el trance postrimero. Y hemos de creer que el alma de Quevedo saliese de la perecedera envoltura carnal como sale hacia Dios la de todo buen caballero español creyente, es decir: encendida en arrepentimiento de las culpas y ansiosa de merecer el perdón. Porque sabemos—como nos ha dicho con certera frase René de Bouvier—que don Francisco fué «hombre del diablo y hombre de Dios», y porque el *hombre de Dios* siempre aparece en la tremenda hora colmado de la vehemencia de llegar a El y de alcanzarle con el decoro debido.

El dolor es el camino cierto de la purificación: y de dolor lancinante, sin tregua, fueron los últimos años de Quevedo. Siempre, en buena cuenta, hubo dolor en la vida de don Francisco; todos sus pasos humanos y toda su obra rezuman amargura dolorosa de resentido inadaptable. Pero desde aquella noche del 7 de diciembre de 1639, el dolor le escogió para que su espíritu se limpiase en el agua lustral del sufrimiento. Fué, según unos, por el audaz «Memorial a Felipe IV», contra el Conde-duque, y, según otros, por las complicaciones clandestinas de Quevedo con la Cancillería francesa. En realidad, Memorial o complicaciones precipitaron viejos e intensos rencores en persecución airada.

Madrid. El viento huracanado del Guadarrama cuajaba en agujas de cellisca la humedad ambiente. Hasta el aposento que ocupaba Quevedo en el palacio del duque de Medina Sidonia, se entraba el helado aire sutil. Don Francisco, arrebujado en las mantas del lecho, dormía tranquilo. La campana del reloj de los Jerónimos señaló la medianoche. A las campanadas se unieron los ladridos de los perros guardianes de las caballerizas del duque. Ladraban, tenaces, y los ladridos se aguzaban en prolongados aullidos lastimeros. El instinto de los animales advertía, sin duda, un peligro cercano. Y, ciertamente, lo había.

A la puerta de la mansión se detuvo un carruaje. El de la Justicia, representada por don Francisco de Robles, antiguo alcalde de Casa y Corte, que llegaba seguido de corchetes a caballo. Uno de los jinetes se apeó, acercóse a la puerta y, asido al macizo aldabón, llamó con furia. Unos momentos después giraban los goznes y se abría el portón de par en par. Detrás de él aparecieron unos lacayos con hachones encendidos. Las palabras «mandamiento de Su Majestad» abrieron el camino de los alguaciles hasta las habitaciones de don Francisco. Luego apareció, solemne, Robles, y, con fingida cortesía, invitó a Quevedo para que le acompañase.

—Perdóneme, mi señor don Francisco, mas ya sabe vuesa merced lo que son estas cosas...

—Estas cosas—replicó Quevedo—son como las demás...

Se lo llevaron mal envuelto en un ferreruelo y desprovisto de espada. No le permitieron que llevase consigo equipaje alguno.

Más después, está don Francisco encerrado en una pieza subterránea del Real Convento de San Marcos, en León. «Pieza—nos dice Quevedo—tan húmeda como un manantial, tan oscura, que en ella siempre es de noche, y tan fría que nunca deja de parecer enero. Tiene, sin ponderación, más traza de sepulcro que de cárcel». Allí estará, «enterrado en vida», dos años mortales, hasta la caída del Conde-duque. El padre prior y otros monjes visitan con frecuencia al recluso y le confortan. Y el apacible hermano Juah, auténtica hechura de la caridad de Cristo, le acompañará siempre, le cuidará, y, cuando quiera moverse, irá detrás de él cargado con las doce libras que pesan la cadena y el grillete que remacharon a su pie, más la enorme bola de hierro en que remataba el cepo monstruoso.

La ejemplar conducta del lego Juan, voluntario partícipe del dolor que el preso sufría, debió llenar de luz el alma de Quevedo. Que, en sus reflexiones, llegó a convencerse de que «los sufrimientos y penas de la vida presente, no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros», como escribiera San Pablo en su Epístola a los Romanos.

Y concluiría, inundada ya su mente teológica de las claridades absolutas, que cuando Dios quiere engrandecer la recompensa a los que eligió para sí, es infinitamente misericordioso en proporcionarles ocasiones para que su virtud se acrisole como el oro en el fuego, se fortifique más su esperanza y se inflame su caridad.

Don Francisco de Quevedo murió en el dolor. Lo que quiere decir que murió en Cristo, como amigo suyo, y como un hombre que, por lo que quiera que fuese, adoptó en la vida actitudes y pensamientos extraños que la mano Altísima ahuyentó en el momento justo.

Y así pudo morir en paz y en gracia de Dios, aquel hombre parádico, que, al decir de Azorín, «siendo autor de obras místicas, creyente y fervoroso, introduce en la sociedad española el sentido de la irreverencia, del escepticismo y de la profanidad».

JOSE ANDRES VAZQUEZ.